

arte moderno, que imita el de anteriores siglos. Es lástima que haya puesto su firma al pie de algunas vaciedades rimadas, argumento de los que en absoluto le niegan aptitud para la poesía.

Fijémonos ahora en una originalísima figura, la del amigo de Espronceda y autor del poema *María* (1840), D. Miguel de los Santos Alvarez ¹, humorista cáustico más aún que Espronceda, atacado, como de una monomanía, del menosprecio hacia todas las cosas humanas, que en Alvarez no presenta una faz tan desesperada y sombría como en Heine ó en lord Byron. Redúcese el mencionado poema á una historieta inverosímil imitada de Víctor Hugo, y quizá de Musset, donde se tocan y codean continuamente los lodazales de la lujuria y los esplendores de una virtud inmaculada y de ángel en carne. María, la mariposa con alas de oro, viene á representar un símbolo de perfección ideal, cuya luz nunca se eclipsa y cuya pureza jamás se empaña, ni siquiera respirando la atmósfera corrompida en que vive con una doña Tomasa, tía de la inocente huerfanita y encarnación repugnante de todas las infamias posibles. La narración (que ha quedado incompleta) está salpicada de humorismo escéptico, y con un rasgo de esta especie, aquel de

Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,

va encabezado el *Canto á Teresa*. Escribió también Alvarez ciertas fabulitas absurdas bastante graciosas, canciones y sonetos, y por fin una continuación de *El diablo mundo*.

Compartía con el anterior el cariño de Espronceda un militar, conocidísimo después de la campaña de Africa: D. Antonio Ros de Olano. En sus *Poesías* ² hay

¹ Todos los *Versos* del autor están coleccionados en el t. III de sus *Tentativas literarias*, incluídas en la *Biblioteca universal*. (Madrid, 1888.)

² Madrid, 1886.

algo para todos los gustos: realismo descriptivo, desbordamientos románticos, miniaturas irreprochables de forma y asomos de amargura sarcástica y corrosiva. El juicio de D. Pedro A. de Alarcón que va al frente por vía de Prólogo, abunda en elogios excesivos y sobradamente generales.

Aunque natural de Cuba, vivió casi siempre entre nosotros D. José Güell y Renté, cuya vida parece una novela, y cuyos versos, coleccionados en *Lágrimas del corazón* (1848), y en otro tomo de fecha reciente, reflejan un pesimismo hipocondriaco y enfermizo que no le abandonó hasta su fallecimiento (1884).

Americano también, y compatriota de Baralt y Andrés Bello, aunque en nada se les parece, fué D. José Heriberto García de Quevedo, poeta de clásica y severa educación, con aficiones al cosmopolitismo literario, traductor de Byron, Filicaja y Manzoni, á pesar de lo cual siguió con fervoroso entusiasmo los erráticos vuelos de la musa de Zorrilla. Cundieron más que las poesías propias y originales las en que colaboró con el maestro, imitando su estilo con precisión nimia, hasta confundirse en una las dos personalidades literarias. En la *Corona poética de María* desempeñó la última y más larga parte, de tan espontánea fluidez como la primera y de gusto incorrecto y amplificador. En las octavas reales á *La fe cristiana* fácilmente se toleran la verbosidad y el desleimiento, en gracia de aquella rotunda y armoniosa cadencia, y de aquel inflamado lirismo al que sólo falta la sobriedad. Quizá no alcance esa disculpa á las desarregladas y voluminosas narraciones en verso, *Delyrium* ¹ y *El proscrito* ², para no hablar de *Un cuento de amores* que comenzó Zorrilla, y en cuya continuación emula García de Quevedo la fantasía creadora, la brillantez y gala

¹ Madrid, 1850.

² Madrid, 1852.

de su modelo, aunque, como él, derrochando epítetos, versos y descripciones.

Por lo dicho hasta aquí puede conocerse que el movimiento literario de la época romántica estaba concentrado en Madrid, adonde aflúan los mismos ingenios de provincias con pocas excepciones. Una de ellas fué el esmerado y abundante prosista catalán D. Pablo Piferrer, conocedor profundo de las bellas artes y de la lengua castellana, y de quien para mi propósito sólo puedo mencionar unas cuantas baladas (*La cascada*, *La campana* y *El ermitaño de Montserrat*), tenidas en mucho por los críticos y de factura originalísima, pero áspera y desagradable al oído castellano.

Cultivaba igualmente la leyenda en Cataluña don Juan Francisco Carbó, comunicándole el sabor de la balada en las muy pocas pero agradables que de él conservamos ¹. Fué más conocido, sin duda por su residencia en la corte, D. Antonio Ribot y Fonserré ², esparterista aforrado en bronce, autor del idolátrico *Romancero del Conde-Duque ó la nueva regencia*.

Quien logró extender su renombre por toda España fué otro poeta barcelonés de nacimiento, pero que pudiéramos llamar hijo de Valencia por ser donde escribió y publicó sus obras, reuniendo una falange de admiradores no disminuía con su muerte y muy considerable en nuestros días ³. Todos han oído citar

los bells cantars lamartinians d' Arolas,

como los llama Balaguer; todos saben algo de su extraña vida y sus desventurados amores. Siendo miem-

¹ Pueden leerse en el libro *Composiciones poéticas de D. Pablo Piferrer, D. Juan Francisco Carbó y D. José Semis y Mesa*.

² *Poesías escogidas*. Madrid, 1846.

³ Arolas nació en 1805, profesó en las Escuelas Pías (1821), donde compuso todos sus versos, y falleció en 23 de Noviembre de 1849. Hay de él una biografía excelente en el *Semanario Pintoresco* (año 1850, pág. 211 y siguientes), con minuciosos datos que casi convendría no conocer.

bro de una Orden religiosa, pulsó una lira sensual que ora recuerda á Meléndez, ora á Víctor Hugo y Tomás Moore, ora á Hafiz y á los trovadores provenzales: tal es su voluptuosidad, igualmente manifiesta en las *Cartas y poesías pastoriles*, que en las *Orientales* y las leyendas ¹. Con las *Cartas amatorias*, las *Poesías pastoriles* y el *Libro de amores* formó un volumen que parece en gran parte del siglo XVIII, porque sólo en él pueden concebirse aquellas ternezas de soñados pastorcillos, errantes por los bosques de una nueva Arcadia, y las almibaradas epístolas *A Célina*, *A Inés* y otras tales, calcadas sobre las *Heroidas* de Pope, Dorat y Colardeau. «Nada se halla en este pequeño volumen, dice Arolas en el Prólogo á las *Cartas*, que sea hijo de la ficción y que no esté realzado por la verdad»; y quizá no mintiese en esta declaración, porque el fuego amoroso de aquellas frases rompe por su misma fuerza los estrechos moldes de un género tan convencional. Las *Églogas* no valen tanto como las de Batilo; pero, aunque así no fuera, bastaba lo intempestivo de su aparición para que no hubiesen alcanzado la mitad de boga y resonancia.

Quedó esto para las *Orientales*, dechado de inspiración colorista, tal como nunca se vió en castellano, y que solamente podría encontrarse en las canciones persas y arábicas, cuya disposición imita, y cuyo lenguaje, abrasador como las arenas del desierto, hizo suyo el poeta escolapio ². Allí nos pinta el talle lasci-

¹ *Poesías de D. Juan Arolas*. Barcelona, 1842.—*Poesías amatorias*, Valencia, 1843.—*Poesías caballerescas y orientales*. Valencia, 1852.—*Id.*, 1871.—*Poesías religiosas, orientales, caballerescas y amatorias del P. Juan Arolas, de las Escuelas Pías*. Nueva edición, Valencia, 1883.

² Copiaré parte de *El secreto*, una de las más bellas:

ABENOZMÍN

Del ruiseñor ¡oh Leila! con la gala
No cantas hoy, al son de bandolinas,
El encendido amor de Sacuntala,
Como cantan las jóvenes brahminas.

vo, el pie breve y los ojos fascinadores de las odaliscas y sultanas; Leilas, Halevas y Mher-ul-nisas, con sus lujosos arreos y su provocador aspecto; la sonrisa de placer y el beso con que distraen los ocios de su señor; el hastío de una existencia monótona y sin esperanzas; conjunto, en fin, de cuadros sangrientos, lánguida morbidez y erotismo de serrallo. Por muchos que sean los atractivos de la forma, ningún ánimo viril resistirá esa lectura malsana, y que tan desastrosos efectos hubo de producir en el buen gusto, enemigo siempre de esas dulzuras alfeñicadas.

Las poesías caballerescas de Arolas son un medio entre el romance histórico y la leyenda romántica, distinguiéndose además de ésta en la menor lozanía y espontaneidad del lenguaje, comparadas con las de Zorrilla y sus imitadores. Arolas tiene una fisonomía

Triste como la noche el rostro lindo,
Lloras no sé qué penas lastimosas;
Pareces un hermoso tamarindo
Cargado de rocío entre las rosas.
¡Luz del placer! ¡repose de las almas!
¡Más hermosa que el cielo del Oriente!
¡Y en el vasto desierto de las palmas
Única flor de embalsamado ambiente!
Lloras, templas el fuego á tu pupila,
Lloras, y eres más bella; que tu lloro
Es dulce como jugo que destila
Fresca vid de Schiraz en vaso de oro.
¿Qué falta á tu delicia lisonjera,
Si tus pérdidas trenzas engalanas
Con tesoro tan rico que pudiera
Contentar la ambición de cien sultanas?
Pides dones al mar y á sus cristales,
Y se lanzan cien negros pescadores
Que le roban sus perlas y corales
Para que tú no gimas y no llores.
Si olvidada del mar y sus espumas,
Pides dones al viento que suspira,
Te engalanas, hermosa, con las plumas
De la garza real de Cachemira.
Que tuyo es este cielo delicioso,
Y tuyos son los mares y sus rocas,
Y el Ganges, y el Danubio caudaloso,
Que da tributo al mar por cinco bocas.

especial que no permite confundirle con ninguno de ellos, y aun en el fondo hay gran diferencia de *Berenguer el Grande*, *El zapatero de Sevilla* y *El cerco de Zamora*, á los *Cantos del trovador*; de una España á otra, de una Edad Media á otra Edad Media.

También fué Arolas poeta serio y religioso; y aunque todas sus poesías no eróticas adolezcan de cierta pesadez y embarazo, todavía se leen el *Himno de la noche*, el *Himno á los ángeles* y *El hombre* con más gusto acaso que las orientales. Pero su perfección relativa en este último género fué causa de que cundiera á modo de contagio, sustituyendo el convencionalismo bucólico con el de turbante, el pellico con la almalafa, y el rabel campesino con la guzla de sonido adormecedor.

Entre los poetas valencianos descollaba, á par de Arolas, el récalcitrante escolapio D. Vicente Boix, cuyo estro se vigorizó con el estudio de la historia patria, no siempre interpretada con fidelidad en sus narraciones, entre las que merece honroso lugar *Guillem Sorolla*¹.

Del egregio escritor mallorquin D. Tomás Aguiló sólo he de apuntar que en su lira armonizaban ricos y variados tonos; que se asimiló el espíritu de Byron y Lamartine con envidiable maestría, y que en el género religioso no teme la competencia con ninguno de nuestros románticos².

En suma, cada provincia tenía en esta época su cisne más ó menos ronco, y no quisiera yo aplicar este calificativo á D. Manuel Villar y Macías, conocido por sus muchos versos líricos y narrativos, ó á D. Narciso

¹ Véase *Obras literarias selectas de D. Vicente Boix*. Valencia, 1880.

² *Rimas varias*. Palma 1846. Aguiló ha fallecido recientemente, dejando publicada la colección de sus obras en prosa y verso. Su amigo D. José M. Quadrado tradujo los himnos sacros de Manzoni y algo también de Lamartine, aunque no es éste el título que le coloca á la cabeza de todos los escritores y literatos baleares.

Camilo Jover, lumbreras respectivamente de Salamanca y Alicante; ni á D. José de Puente y Brañas, autor de los *Preludios del arpa*, y apellidado hiperbólicamente el *Zorrilla gallego*.

Cerremos el capítulo con las poetisas que más fama tuvieron en esta época, pues enumerarlas á todas sería inútil y quizá imposible. Hija fué de Cuba, aunque vivió en España la mayor parte de su vida, la gran figura literaria de su sexo, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda¹, alma de robusto temple y tan capaz de los vuelos líricos como de la interpretación dramática, dejando por ambos respectos en la historia de nuestra literatura un renombre envidiable y una huella profunda que no se borrará con los años. Cuando aparecieron sus Poesías con un Prólogo de Nicasio Gallego, el insigne cantor del Dos de Mayo, fué unánime el entusiasmo del público y de la prensa en levantarlas sobre las nubes, ya por su indiscutible valor, ya por escasear tanto, hacía más de un siglo, las mujeres literatas, si se exceptúan cuatro ó cinco de muy poca representación, como Rosa Gálvez, la admiradora de Quintana.

Lo era mucho la Avellaneda, y aun dicen que comenzó teniéndole por modelo único para inutilizar sus

¹ Nació en Puerto Príncipe el año 1816. A los veinte de edad vino con su familia á Europa, se dió á conocer por sus composiciones poéticas en las capitales de Andalucía, y desde 1840 en el Liceo de Madrid y en los periódicos de más circulación. En 1846 contrajo matrimonio con D. Pedro Sabater, y viuda á los pocos meses, se retiró á un convento de Burdeos, donde cultivó sus aficiones á la poesía religiosa. De vuelta á Madrid, obtuvo nuevos y ruidosos triunfos en el Liceo y en los teatros, principalmente en la representación de *Baltasar* (1858), que coincidió con un atentado contra la vida de su segundo esposo el coronel D. Domingo Berdugo. Hizo con él un viaje á la Habana, donde tuvo la desgracia de perderle, y en 1864 regresó á la Península, falleciendo el día 2 de Febrero de 1873. La primera edición de las *Poesías líricas* de la Avellaneda (Madrid, 1841) es muy deficiente. Aumentadas con otras posteriores, llenan el primer tomo de la mal llamada *Colección completa* de sus *Obras literarias* (Madrid, 1869).

manuscritos al ver la semejanza; mas, sea lo que fuere de esta anécdota, no puede dudarse que á él como á nadie semejan los mejores versos de la ilustre poetisa cubana, los de sus últimos años, porque en el 41 no quiso ni pudo sustraerse á la avasalladora influencia de Chateaubriand, Millevoye, Víctor Hugo y Lamartine. Hizo de los dos últimos hermosas traducciones é imitaciones, y en lo no traducido se respira el perfume de aquella poesía embriagadora, subjetiva y ardiente, hija del sentimiento más que de la razón, y ávida de explayarse por las regiones del misterio. El temperamento y la sensibilidad de la Avellaneda se amoldaron con facilidad á las innovaciones del romanticismo; pero así como volvió á la tragedia clásica, así también se vió á poco cambiarse su vaporosa inspiración lírica en el torrente arrollador al modo de Quintana y Gallego, ocupación y encanto de su infancia. En el mismo Liceo de Madrid, foco de las nuevas teorías, obtuvo distinguidos triunfos la Avellaneda por composiciones que de ellas se apartaban evidentemente; y en un certamen abierto para conmemorar la amnistía que concedió Isabel II á los reos políticos, obtuvo el primer premio y el accésit con dos de sus mejores odas. Introducción y tono general, pensamientos y formas, imitan los del cantor de la imprenta, sin que les cedan en elevación y grandiosidad, porque la autora pulsa una lira enrojecida, de varios y robustos sonidos, doblemente admirables en las manos de una mujer. Con el mismo brío celebró los asuntos de circunstancias, las maravillas de la creación y los grandes hechos históricos.

Pero en esa misma lira resonó otra cuerda que no es la de Píndaro, ni la de los poetas románticos: la cuerda de la inspiración religiosa sin las infidelidades de Lamartine y Zorrilla, con la sencilla y oculta sublimidad del maestro León, de Racine y de los sagrados libros: inagotable fuente donde todos bebieron sin pa-

sar de la superficie. Síguelos también la Avellaneda con escrupulosa fidelidad, no sólo en los temas que son enteramente bíblicos, como el canto de David perseguido por Saúl, el de la Virgen María y otros tales, sino también en la forma, que muda aquí el impetu brioso y ardiente por la mansa y apacible tranquilidad. En estas imitaciones de la sublime poesía hebrea permanece su espíritu casi intacto; se escuchan la salmodia del Profeta Rey y las lamentaciones del pueblo escogido, y se respiran los aromas del Sarón y del Carmelo.

Unidos por el oculto lazo de una personalidad arrogante y pródiga de sus energías, los cantos de la Avellaneda recorren toda la gama de la pasión: el afecto al hombre de Safo, en que *Amor y orgullo* disputan el corazón de la mujer; el contacto con la madre Naturaleza (*Al mar, Paseo por el Betis*, etc.); la voz augusta de la religión (*A la Cruz, A la Ascensión, Al Espíritu Santo*); el invisible aleteo de los seres suprasensibles (*Los duendes*); la postración y el anonadamiento místico del alma en presencia de su Dios. Este último grado del subjetivismo, con la unción de la fe religiosa, surgió en ella á impulso de las desgracias que amargarón su vida y sobre la base de una inclinación ingénita á ver exageradas las manifestaciones del dolor humano: sólo que los conatos suicidas y la aspiración al *nirvana* de los poetas incrédulos van sustituidos en la Avellaneda por la nostalgia del cielo.

Junto con esa rica profusión de elementos hay en sus *Poesías* un tesoro de ingeniosidades métricas, atrevidos ensayos para aclimatar en España versos de nueve y de trece sílabas, que hoy transcriben como modelos casi todos los Manuales de Literatura, y en que tan ingrata tarea llegó á toda la perfección asequible.

No fué tan poderoso, ni tan fecundo como el de la

Avellaneda, el numen de la poetisa con quien compartió los lauros del Liceo matritense y los de la fama universal, Doña Carolina Coronado¹, que aún vive y canta, aunque no comó en su juventud. Distingúase en ella por su inclinación á la poesía psicológica, informada por el sentimiento dulce y vago, de donde resultan esas extrañas ondulaciones, que atraen la vista por un momento y desaparecen al siguiente; esas voces perdidas que parecen un eco lejano y apenas perceptible, como los que vagan por el fondo de los bosques; esos quejidos suaves; ese conjunto vago é indefinible, mezcla de recuerdos ossiánicos, de balada alemana y de romántico paisaje. Desde la poesía á *La palma*, que elogió Espronceda en otra no menos hermosa, hasta las hoy injustamente olvidadas, *Tú eres el miedo, La rosa blanca, Se va mi sombra, pero yo me quedo*, etc., el mundo interior absorbe por completo las facultades y la atención de la poetisa descubriéndose sus misterios é intimidades, que ella sabe traducir con femenina delicadeza.

¿Cómo olvidar, por ejemplo, una vez leídas, las cantigas de *El amor de los amores*², tan aladas, tan

¹ Nació en Almendralejo, patria de Espronceda, el año de 1823. Hoy reside en Cintra (Portugal), desde donde recientísimamente ha protestado contra la idea de su coronación proyectada por la prensa de Extremadura. Son muy incompletas las dos ediciones que existen de sus poesías. (Madrid, 1843-1852.)

² Bien merecen conservarse aquí, siquiera sea en forma incompleta y fragmentaria, ya que no puede suponerse que viven, como vivían no ha mucho tiempo, en la memoria de todos.

EL AMOR DE LOS AMORES

CANTIGA PRIMERA

¿Cómo te llamaré para qué entiendas
Que me dirijo á ti, ¡dulce amor mío!
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?
A ti, sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro que no pueda ningún hombre
Confundirlo al cruzar por esta sierra?

bellas y conceptuosas? Quizá no pueda el lector darse cuenta del orden con que van sucediéndose los pensamientos; quizá no se descubre el plan general, pero embelesa aquello mismo que se desconoce, y no es posible resistir á la magia con que atraen aquellos rumores indecisos y desatados, aquella frase dulce y melancólica, que recuerda ya el amor puro de la bíblica sulamita, ya la plegaria ferviente de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, la queja del alma en la soledad, cuando busca extática la compañía y los ósculos del Amado. El fuego que discurre por las páginas del Cantar de los Cantares lanza aquí más pálidos destellos, atenuada la fogosa metáfora oriental por la tibia palidez de nuestro lenguaje; pero, escondido y todo, se le siente hervir bajo las cenizas. *El amor de los amores* señala el punto supremo adonde llegó el numen de Carolina Coronado, y en relación con éste aparecen menos de lo que son, así sus cantos íntimos y genia-

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de ti, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?
Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?
.....

CANTIGA SEGUNDA

Como lirio del sol descolorido
Ya de tanto llorar tengo el semblante,
Y cuando venga mi gallardo amante
Se pondrá, al contemplarlo, entristecido.
.....
A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera,
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para ti de la ribera.
Si estás entre las zarzas escondido,
Y por verme llorar no me respondes,
Ya has visto que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.
.....

les, como alguno que ha consagrado últimamente al movimiento social y á las revoluciones de la edad moderna.

El titulado *A un poeta del porvenir* comienza por un apóstrofe al Homero de las generaciones futuras para concluir con una invectiva al desmesurado progreso del industrialismo, que ahoga en flor todos los altos pensamientos engendradores de la inspiración. Por eso con voz de sibila y mirando lo que ha de suceder, dice á su héroe:

Y buscarás la libertad en vano;
La libertad bajo el cañón perece,
Y el cañón, de la tierra soberano,
Las artes y las glorias ensordece.

Bien muestra la Coronado que no le faltan bríos para la poesía social; pero su verdadero título de glo-

CANTIGA TERCERA

Pero ¡te llamo yo, dulce amor mío,
Como si fueras tú mortal viviente!
Cuando sólo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del río.
Eres la sombra de la nube errante,
Eres el son del árbol que se mueve;
Y aunque á adorarte el corazón se atreve,
Tú sólo en la ilusión eres mi amante.
Mi amor, el tierno amor por el que lloro
Eres tan sólo tú, Señor, Dios mío;
Si te busco y te llamo, es desvarío
De lo mucho que sufro y que te adoro.
Yo nunca te veré, porque no tienes
Ser humano, ni forma, ni presencia;
Yo siempre te amaré, porque en esencia
Al alma mía como amante vienes.
Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.
Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido
Tú me darás la gloria prometida.
¡Y entonces, al ceñir la eterna palma
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial que darte anhele
Llena de gloria te dará mi alma!

ria se cifra en pertenecer á la escuela cuyos recuerdos he procurado exhumar.

Alcanzó el mérito relativo de haberse anticipado, en la publicación de sus *Poesías*, á las cantoras de *Amor y orgullo* y *La palma* doña Josefa Massanés (1811-1887), que brilló desde 1841 en Barcelona al lado de Piferrer, Roca y Cornet, Rubió y Ors y el insigne Balmes, é interpretó en rimas tan espontáneas como incorrectas la tranquilidad del hogar, el amor á Dios y á la patria, y toda suerte de afectos sanos y generosos, dejando más tarde de cultivar el idioma nacional para afiliarse en las huestes de la *Renaixensa* catalana.

Nada diré de Amalia Fenollosa, que también se dió entonces á conocer con multitud de composiciones sagradas y profanas; nada de otras poetisas celebradas en la corte ó fuera de ella, pues no hicieron generalmente sino aumentar hasta lo infinito el océano de los conceptos gastados y las frases hechas.



CAPÍTULO XI

APOGEO DE LA POESÍA TRADICIONAL Y LEGENDARIA

Zorrilla ¹

Si hay un nombre que reuna y condense las agitaciones y ensueños del período romántico en España, es sin disputa el de D. José Zorrilla. Él supo regenerar con el más puro y simpático españolismo la revolución que desde otros climas había penetrado en nuestra literatura; él supo convertir aquella musa informe, vacilante y sin norte fijo en interés

¹ La biografía de Zorrilla ha sido trazada por él mismo con el interés dramático que da su pluma á todo lo que pasó, hermo세ándolo al hacerlo atravesar por el prisma de su imaginación incomparable. Los *Recuerdos del tiempo viejo*, conjunto voluminoso, desigual y hecho como de batalla, quizá por exigencias periodísticas, forman tres tomos, incluyendo el de *Hojas traspapeladas*, á los que acudirán con éxito cuantos deseen conocer al hombre y al poeta. Recogiendo ahora las fechas limpias de tan romancescas aventuras, repetiré que Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817, que fué hijo de un alto funcionario de Fernando VII y que estudió en el Seminario de Nobles, pasando después á seguir la carrera de leyes en Toledo. Escapándose á Madrid, comenzó á darse á conocer entre los literatos con su famosa composición á la muerte de Larra, á la que siguieron infinitas otras líricas ó de carácter legendario, hasta que se consagró á la dramática con la misma desbordada fecundidad. *El zapatero y el Rey*, *Don Juan Tenorio* (1844) y *Traidor, inconfeso y mártir*